

Pinneberg se entera de algo nuevo sobre Corderita y toma una decisión trascendental

Son las cuatro y cinco. Pinneberg, el hombre guapo, joven y rubio que espera delante del edificio de Rothenbaumstrasse 24, acaba de constatarlo.

Son las cuatro y cinco, y Pinneberg ha quedado con Corderita a las cuatro menos cuarto. Tras guardar el reloj, Pinneberg lee el rótulo colgado a la entrada del edificio de Rothenbaumstrasse 24.

Dr. Sesam
Ginecólogo

Horario de consulta: de 9 a 12 y de 4 a 6

¡Justo! Son las cuatro y cinco. Si enciende otro cigarrillo, seguro que Corderita aparecerá en el acto doblando la esquina, así que desiste. Hoy ya ha gastado bastante.

Aparta la vista del rótulo. La Rothenbaumstrasse sólo tiene una hilera de edificios: al otro lado de la calzada, más allá de la franja de césped y del malecón, fluye el Strela, ya de considerable anchura, pues está a punto de desembocar en el Báltico. Sopla un viento fresco, los arbustos inclinan sus ramas a modo de saludo y los árboles exhalan leves susurros.

«Así tendríamos que vivir», piensa Pinneberg. Seguro que el tal Sesam dispone de siete habitaciones. Debe de ganar un pastón. Pagará un alquiler de... ¿doscientos marcos? ¿Trescientos? Bah, no tengo ni idea. ¡Las cuatro y diez!

Hunde la mano en el bolsillo, saca un cigarrillo de la pitillera y lo enciende.

Corderita se acerca tras doblar la esquina vestida con falda blanca plisada, blusa de seda cruda, sin sombrero y cabellos rubios alborotados.

–Hola, chico. De veras, no he podido llegar antes. ¿Enfadado?

–Qué va. Sólo que tendremos que esperar una eternidad. Desde que estoy aquí han entrado treinta personas por lo menos.

–Pero no todas irán al médico. Además, nosotros tenemos cita previa.

–¿Ves qué bien hicimos solicitándola?

–Sí. ¡Tú siempre tienes razón, chico! –y en la escalera toma su rostro entre las manos y lo besa con pasión–. Dios mío, ¡qué contenta estoy de verte, chico! ¡Piensa que han sido casi catorce días!

–Sí, Corderita –le contesta–. Yo tampoco estoy ya gruñón.

Se abre la puerta y en el pasillo en penumbra aparece una sombra blanca que ladra:

–¡Los volantes!

–Permítanos pasar primero –dice Pinneberg empujando a Corderita hacia delante–. Además somos privados. Tenemos cita. Me apellido Pinneberg.

Al oír la palabra «privados», la sombra levanta la mano y enciende la luz del pasillo.

–El doctor vendrá enseguida. Un momento, por favor. Pasen ahí dentro, se lo ruego.

Se dirigen hacia la puerta y cruzan ante otra entreabierta. Debe de ser la sala de espera corriente y parece albergar a las treinta personas que Pinneberg ha visto pasar por delante de él. Todos los miran y se alza un barullo de voces:

–¡Esto no puede ser!

–Nosotros llevamos más tiempo esperando.

–¿Para qué cotizamos?

–¡Los pijos no son más que nosotros!

La enfermera se asoma por la puerta.

–Hagan el favor de tranquilizarse. ¡Van a molestar al doctor! No es lo que se figuran. Éste es el yerno del doctor, con su mujer. ¿No es cierto?

Pinneberg sonrío, halagado, mientras Corderita se dirige hacia la otra puerta. Durante un instante reina el silencio.

–Vamos, de prisa –susurra la enfermera, empujando a Pinneberg por delante de ella–. Estos pacientes del seguro son de lo más ordinarios. Hay que ver el pisto que se dan por la birria de dinero que paga el seguro...

Tras cerrarse la puerta, Corderita y su chico se adentran en la moqueta roja.

–Seguro que es su salón particular –apunta Pinneberg–. ¿Te gusta? A mí me parece horrible y anticuado.

–Me he sentido fatal –reconoce Corderita–. Nosotros también somos pacientes del seguro. Ahí se ve cómo hablan de nosotros en el médico.

–¿Por qué te sulfuras? –inquieta él–. Así son las cosas. Con nosotros, la gente corriente hace lo que le apetece...

–Pues me sulfuro...

Se abre la puerta y entra otra enfermera.

–¿Los señores Pinneberg? El doctor les ruega que tengan un poco de paciencia. ¿Podría tomar entretanto sus datos personales?

–Claro –responde Pinneberg.

–¿Edad? –pregunta la enfermera a renglón seguido.

–Veintitrés años.

–¿Nombre?

–Johannes –y tras una pausa–: contable. –Y luego con tono llano–: Siempre he estado sano. Las típicas enfermedades infantiles, nada más. Por lo que sé, ambos estamos sanos. –Y tras otra pausa–: Sí, mi madre vive aún. Mi padre no. No, no sé de qué murió.

Y Corderita:

–Veintidós... Emma. –Ahora es ella la que vacila–: De soltera Mörschel. Siempre sana. Los dos padres vivos. Y sanos.

–Bien. El doctor los recibirá dentro de un momento.

–Para qué diablos necesitarán todo esto –gruñe él tras cerrarse de nuevo la puerta–. Si nosotros sólo...

–No te ha gustado decir lo de contable.

–Ni a ti lo de de soltera Mörschel –replica riendo–. Emma Pinneberg, llamada Corderita, de soltera Mörschel. Emma Pinne...

–¡Cállate ya! Ay, tengo que ir otra vez al baño. ¿Sabes dónde está?

–Vaya, siempre te ocurre lo mismo... En lugar de haber ido antes...

–Pero si he ido, chico. De veras..., mientras estaba en Rathausmarkt. Nada menos que por un groschen*. Pero cuando me pongo nerviosa...

–Bien, Corderita, haz el favor de controlarte. Si de verdad acabas de...

–Te digo que tengo que...

–Pasen, por favor –rueda una voz.

En la puerta aparece el doctor Sesam, el famoso doctor Sesam, de quien la mitad de los habitantes de la ciudad y la cuarta parte de los de la provincia susurran que tiene un corazón inmenso; algunos lo califican incluso de bueno. Sea como fuere, ha escrito un folleto popular sobre cuestiones sexuales y por eso Pinneberg ha tenido el valor de escribirle pidiendo hora para Corderita y para él.

El doctor Sesam repite desde el umbral:

–Pasen, por favor.

El doctor Sesam busca la carta en su escritorio.

–Me escribió usted, señor Pinneberg, diciendo que no desean tener hijos todavía porque el dinero no les llega.

–Sí –contesta Pinneberg, terriblemente confundido.

–Vaya usted desvestiéndose –ordena el médico a Corderita. Y a continuación prosigue–: Añade que desearía conocer una protección completamente segura. Sí, completamente segura... –sonríe, escéptico, tras sus gafas doradas.

–He leído en su libro –dice Pinneberg– que esos *peppes*...

–Pesarios –precisa el médico–, sí, pero no valen para todas las mujeres. Además, resultan siempre un poco molestos. Su esposa tendrá la habilidad de...

Alza la vista hacia ella, que ya se ha desvestido, bueno, ha empezado a hacerlo, la blusa y la falda, y permanece muy erguida sobre sus esbeltas piernas.

–Bien, venga conmigo, por favor –solicita el médico–. No era necesario que se quitase también la blusa, jovencita.

Corderita se pone muy colorada.

* Moneda de diez peniques. (*N. de la T.*)

–No, ahora déjela ahí y acompáñeme. Será un momento, señor Pinneberg.

Los dos pasan a la estancia contigua. Pinneberg los sigue con la mirada. El doctor Sesam no le llega ni a los hombros a la «jovencita». Pinneberg vuelve a pensar que es maravillosa, la mejor chica del mundo, única. Él trabaja en Ducherow y ella allí, en Platz; la ve como mucho cada catorce días, de modo que su entusiasmo siempre es fresco y sus apetitos, por encima de toda consideración.

Oye al médico preguntar de vez en cuando algo a media voz en la estancia contigua, un instrumento choca contra el borde de una bandeja; conoce el ruido por el dentista y no es agradable.

De pronto se sobresalta, el tono de Corderita le resulta desconocido... La joven dice en voz muy alta, muy aguda, casi a gritos:

–¡No, no, no! –y remacha–: ¡No! –Y a continuación llegan a sus oídos unas palabras pronunciadas en voz muy baja–: ¡Dios mío!

Pinneberg da tres pasos hacia la puerta... ¿Qué sucede? ¿A qué puede deberse? Dicen que ese tipo de médicos son unos libertinos terribles... Pero ahora vuelve a hablar el doctor Sesam, no se entiende nada y el ruido del instrumento resuena de nuevo.

Luego, un prolongado silencio.

Es un día de verano de mediados de julio, luce un sol espléndido. Fuera el cielo es de color azul oscuro, hasta la ventana llegan unas ramas mecidas por la brisa marina. En ese preciso momento Pinneberg recuerda una vieja canción de la infancia:

*Viento que soplas, viento que bramas,
no le quites el gorro a mi pequeño,
y sé clemente con él,
viento que soplas, viento que bramas.*

Los de la sala de espera hablan. A ellos también se les hace larga la espera. Me gustaría tener vuestros problemas. Los vuestros...

Regresan ambos. Pinneberg lanza una mirada medrosa a Corderita: tiene los ojos muy abiertos, como dilatados por el

miedo. Está pálida, pero ahora le sonríe, primero débilmente, después la sonrisa se extiende por todo su rostro, se intensifica y florece... El médico se lava las manos en un rincón. Tras mirar de soslayo a Pinneberg, dice deprimida:

–Señor Pinneberg, es un poco tarde para prevenir. La puerta está cerrada. Creo que está de un mes.

Pinneberg se queda sin aliento. Es como si lo hubieran noqueado. A continuación dice presuroso:

–¡Eso es imposible, doctor! ¡Hemos tenido mucho cuidado! ¡Es de todo punto imposible! Díselo tú, Corderita...

–Chico –murmura ella–, chico...

–Es así –afirma el médico–. El error queda descartado. Y créame, señor Pinneberg, un hijo es bienvenido en cualquier matrimonio.

–Doctor –dice Pinneberg con labios temblorosos–. ¡Doctor, yo gano ciento ochenta marcos al mes! ¡Por favor se lo pido, doctor!

El doctor Sesam parece exhausto. Sabe lo que viene a continuación, lo escucha treinta veces al día.

–No –replica–. No. Ni me lo pida siquiera. Está completamente descartado. Ambos están sanos y sus ingresos no son malos. Nada malos.

–¡Doctor! –exclama Pinneberg, febril.

Corderita, detrás de él, acaricia sus cabellos.

–Déjalo, chico. Ya verás, nos las arreglaremos...

–Pero es que es de todo punto imposible... –estalla Pinneberg, pero enmudece. Acaba de entrar la enfermera.

–Doctor, lo llaman por teléfono...

–Ya lo ven –dice el médico–. Recuerden lo que les digo, se alegrarán. Cuando nazca el niño, vengán a verme y tomaremos medidas preventivas. No confíen en la lactancia. Bien, en ese caso... ¡Ánimo, joven señora!

Estrecha la mano de Corderita.

–Querría... –dice Pinneberg mientras saca la cartera.

–Ah, sí –interviene el médico, ya en la puerta, valorando a ambos de una ojeada–. Bueno, quince marcos, enfermera.

–Quince... –murmura Pinneberg arrastrando las sílabas con los ojos en la puerta.

El doctor Sesam ha desaparecido. Pinneberg saca con parsimonia un billete de veinte marcos, observa con el ceño fruncido cómo le extienden la factura y la recoge. Su frente se ilumina un poco:

–¿Esto me lo reembolsará el seguro, verdad?

La enfermera lo mira, después a Corderita.

–Diagnóstico de embarazo, ¿me equivoco? –y sin esperar siquiera respuesta, añade–: Pues no. El seguro no lo cubre.

–Vamos, Corderita –dice él.

Bajan las escaleras despacio. La joven se detiene en un descansillo y toma la mano de él entre las suyas.

–No te entristezcas, por favor. Todo se arreglará.

–Claro, claro –contesta, sumido en sus pensamientos.

Tras recorrer un tramo de Rothenbaumstrasse, doblan para adentrarse en Mainzer Strasse. Allí hay edificios altos y mucha gente, pasan riadas de coches, ya han salido los periódicos de la noche, pero nadie les presta atención.

–¡Sus ingresos no son malos, pero me quita quince marcos de mis ciento ochenta, el muy ladrón! –aduce.

–Yo lo arreglaré –dice Corderita–. Yo lo arreglaré.

–¡Anda ya! ¿Tú? –replica él.

Desde Mainzer Strasse llegan a Krümperweg, donde sobreviene un repentino silencio.

–Ahora entiendo algunas cosas –dice Corderita.

–¿A qué te refieres?

–Bah, no es nada, sólo que siempre me siento mal por la mañana. Y además era tan raro...

–Pero tienes que haberlo notado, ¿no?

–Siempre pensé que me vendría. ¿A quién se le ocurre imaginar lo contrario?

–A lo mejor se ha equivocado.

–No, no lo creo. Es cierto.

–Pero cabe la posibilidad de que se haya equivocado.

–No creo...

–¡Por favor! ¡Presta atención a lo que digo! ¡Es posible!

–¿Posible? ¡Todo es posible!

–Bueno, pues entonces a lo mejor te viene la regla mañana. ¡Menuda carta le escribiré entonces! –Y redacta una misiva, absorto en sus pensamientos.

A Krümperweg le sigue la Hebbelstrasse. La pareja recorre muy lentamente en esa tarde estival una calle en la que crecen unos olmos preciosos.

–Y le exigiré que me devuelva mis quince marcos, faltaría más –dice de pronto Pinneberg.

Corderita no contesta. Tantea con cuidado con toda la anchura del zapato y mira con atención dónde pisa; es todo tan diferente.

–¿Adónde vamos? –pregunta él de repente.

–Tengo que regresar a casa –informa Corderita–. No le he dicho a mamá que me ausentaría.

–¡Lo que faltaba! –exclama.

–No te enfades, chico –le ruega–. Procuraré salir a las ocho y media. ¿Qué tren vas a coger?

–El de las nueve y media.

–Entonces te acompañaré a la estación.

–Y nada más –dice él–. Otra vez nada más. Menuda vida la nuestra.

Lütjenstrasse es una auténtica calle proletaria, siempre es un hervidero de niños, allí es imposible despedirse de verdad.

–No te preocupes tanto, chico –le anima dándole la mano–. Yo lo arreglaré.

–Sí, sí –responde, intentando sonreír–. Tienes todos los triunfos en la mano, Corderita, y ganas todas las bazas.

–Bajaré a las ocho y media. Seguro.

–¿Y ahora ni un beso?

–Imposible, en serio, lo chismorrean todo enseguida. Ánimo. ¡Ánimo!

Lo mira.

–De acuerdo, Corderita –le contesta–. Y tú tampoco te preocupes. Todo se arreglará de un modo u otro.

–Pues claro que sí –remacha la joven–. No me desanimo. Hasta luego.

Se apresura, ligera, por la oscura escalera, su pequeño maletín golpea contra la barandilla: clap-clap-clap.

Pinneberg sigue con los ojos sus piernas claras. Cien mil veces ha desaparecido ya Corderita por esa maldita escalera.

–¡Corderita! –grita–. ¡Corderita!

–¿Sí? –pregunta ella desde arriba, asomándose por encima de la barandilla.

–¡Un momento! –exclama. Se precipita escaleras arriba y, deteniéndose sin aliento, la agarra por los hombros–. ¡Corderita! –repite, jadeando por la excitación y la falta de aire–. Emma Mörschel, ¿quieres casarte conmigo?

La señora Mörschel, el señor Mörschel y Karl Mörschel. Pinneberg cae en manos de la «mörschelería»

Corderita Mörschel no responde. Soltándose de Pinneberg, se sienta con cuidado en un peldaño de la escalera. De pronto sus piernas desaparecen. Ahora, ya sentada, alza la vista hacia su chico.

–Dios mío –musita–. ¡Si hicieras eso, chico!

Sus ojos azul oscuro con un toque verdoso se iluminan; ahora casi rebosan de luz resplandeciente.

«Como si todos los árboles de Navidad de su vida ardieran de pronto en su interior», piensa Pinneberg, muy turbado por esa emoción.

–Entonces, todo arreglado, Corderita –dice–. Lo haremos. Y cuanto antes, ¿vale?

–Pero, chico, no tienes por qué hacerlo. Ya me las arreglaré. Pero, claro, tienes razón, es mejor que el crío tenga un padre.

–El crío –murmura Johannes Pinneberg–. Claro, el crío.

Se queda callado un instante. En su interior se está librando una batalla para decidir si confiesa a Corderita que en su petición de mano no ha pensado en absoluto en ese crío, sino únicamente en lo odioso que resulta esperar tres horas a tu novia en la calle en esa tarde estival. Pero en lugar de contárselo, le ruega:

–Vamos, levántate, Corderita. Seguro que la escalera está sucísima. Tu espléndida falda blanca...

–¡Olvida la falda, olvídala! ¡Qué nos importan todas las faldas del mundo! Soy tan feliz. ¡Hannes! ¡Chico!

Se incorpora y lo abraza de nuevo. Y la casa se muestra bondadosa: de los veinte inquilinos que entran y salen por esa es-

calera al atardecer, después de las cinco, un período de tiempo en que los padres de familia regresan al hogar y todas las amas de casa salen presurosas a buscar un ingrediente olvidado para la cena, no aparece nadie.

Hasta que Pinneberg se libera, diciendo:

–Pero seguro que esto también podemos hacerlo arriba... como prometidos que somos. Subamos.

Corderita pregunta, dubitativa:

–¿Ahora mismo? ¿No será mejor que prepare a papá y mamá? Todavía no saben nada de ti...

–Cuando hay que hacer algo, cuanto antes mejor –declara Pinneberg sin intentar dirigirse a la calle–. Además, seguro que se alegrarán, ¿no?

–Mamá, mucho –comenta Corderita meditabunda–. Papá, ya sabes, no te lo tomes muy a pecho. A mi padre le gusta bromear, no habla en serio.

–Lo entenderé –afirma Pinneberg.

Corderita abre la puerta: un vestíbulo de reducidas dimensiones. Detrás de una puerta entornada una voz ordena:

–¡Emma, ven aquí!

–Un momento, mamá –contesta Emma Mörschel–. Voy a quitarme los zapatos.

Toma de la mano a Pinneberg y lo conduce de puntillas a una pequeña habitación interior con dos camas.

–Deja tus cosas ahí. Sí, ésa es mi cama, ahí duermo yo. La otra es la de mi madre. Papá y Karl duermen enfrente, en el cuarto pequeño. Vamos, ven. ¡Espera, tu pelo! –le pasa deprisa un peine por los cabellos alborotados.

A los dos les late muy fuerte el corazón. Ella lo toma de la mano, cruzan la entrada, abren la puerta de la cocina. Junto al fogón, una mujer de espalda redonda, encorvada, fríe algo en una sartén. Pinneberg divisa un vestido pardo y un enorme delantal azul.

La mujer no alza la vista.

–Emma, baja deprisa al sótano y sube briquetas de carbón. Por más que se lo diga cien veces a Karl...

–Mamá –dice Emma–, éste es mi novio, Johannes Pinneberg, de Ducherow. Pensamos casarnos.

La mujer situada junto al fogón alza la vista. Tiene la tez morena, una boca poderosa, dura y peligrosa, ojos duros y muy claros, y miles de arrugas. Una anciana proletaria.

La mujer dedica a Pinneberg una mirada breve, dura, irridada. Después sigue trajinando en sus tortillas de patata.

–Mentecata –le espeta la madre–. ¿Es que ahora vas a traerme a casa a tus ligues? Ve a por carbón, que se me está apagando la lumbre.

–Mamá –insiste Corderita, intentando sonreír–, quiere casarse conmigo, de veras.

–Que vayas a por carbón, muchacha –ordena la anciana mientras agita el tenedor.

–¡Mamá...!

La mujer levanta la vista.

–¿Todavía no has bajado? –pregunta despacio–. Te estás ganando un bofetón.

Corderita aprieta muy deprisa la mano de su Pinneberg. Después, cogiendo una cesta, exclama con toda la alegría de la que es capaz:

–Enseguida vuelvo –y la puerta del pasillo se cierra.

Pinneberg, abandonado en la cocina, observa con cautela a la señora Mörschel, temeroso de que una simple mirada pueda irritarla, y luego la ventana. Sólo se divisa el cielo azulado del estío y unas cuantas chimeneas.

La señora Mörschel aparta la sartén y manipula los aros del fogón. El trajín produce numerosos tintineos. Hurga en las brasas con el atizador mientras gruñe entre dientes.

–Perdón, ¿cómo dice? –pregunta Pinneberg con tono cortés.

Son las primeras palabras que pronuncia en casa de los Mörschel.

Más le habría valido guardar silencio, pues la mujer se abalanza sobre él como un buitre, en una mano el atizador y en la otra el tenedor para dar vuelta a las tortas, pero eso no es lo peor, a pesar de que manotea con ellos. Lo peor es su rostro, en el que todas las arrugas se contraen y saltan, y sus ojos, crueles y furiosos.

–¡Como deshonre a mi chiquilla...! –grita fuera de sí.

Pinneberg retrocede un paso.

–Pero si quiero casarme con Emma, señora Mörschel –responde, temeroso.

–Usted se figura que no me entero de nada –dice la mujer impertérrita–. Llevo dos semanas aquí, esperando. Ella me dirá algo, pienso; ella me traerá pronto al tipo, pienso, y aquí estoy, esperando –recupera el aliento–. Mi Emma es una buena chica, ¿me entiende?, no es una desgraciada. Siempre ha sido alegre. Nunca me ha dado una mala contestación... ¿Pretende usted deshonrarla?

–No, no –susurra Pinneberg muerto de miedo.

–¡Sí! ¡Sí! –grita la señora Mörschel–. ¡Sí! ¡Sí! Llevo aquí dos semanas esperando a que me traiga sus paños para lavarlos... y ¡nada! ¿Cómo ha sido usted capaz de hacerlo, eh?

Pinneberg lo ignora.

–Somos jóvenes –contesta con mansedumbre.

–Hay que ver –replica la anciana, furibunda–, mira que haber utilizado a mi chica para eso –de repente se encoleriza de nuevo–: ¡Los hombres sois todos unos cerdos, qué asco!

–Nos casaremos en cuanto consigamos los papeles –declara Pinneberg.

La señora Mörschel se aproxima al fogón. La grasa chisporrotea.

–¿Y usted qué es? –pregunta la anciana–. ¿Está en condiciones de casarse?

–Soy contable. En un comercio de granos.

–Entonces, empleado, ¿eh?

–Sí.

–Habría preferido un obrero. ¿Cuánto gana?

–Ciento ochenta marcos.

–¿Limpios?

–No, hay que descontar las retenciones.

–Eso está bien –dice la mujer–, no es mucho. Mi chica tiene que seguir siendo sencilla. –Y de repente se encrespa de nuevo–: No crea que recibirá dote. Nosotros somos proletarios. Entre nosotros eso no se estila. Sólo la escasa ropa que se ha comprado ella misma.

–Todo eso es innecesario –dice Pinneberg.

La mujer vuelve a enfadarse.

–Usted tampoco tiene nada. No tiene pinta de ahorrar. Cuando uno va por ahí con semejante traje, es que no anda muy sobrado.

Pinneberg no necesita reconocer que ha acertado, porque Corderita entra con el carbón. Está de un humor excelente.

–¿Se te ha comido, pobrecito? –pregunta–. Mi madre es una auténtica tetera, siempre se desborda al hervir.

–No seas tan descarada, chica –le riñe la vieja–. O te ganarás un sopapo. Id al dormitorio a besuquearos. Primero deseo hablar a solas con tu padre.

–Bueno –dice Corderita–. ¿Has preguntado ya a mi novio si le gustan las tortas de patata rallada? Hoy es el día de nuestro compromiso.

–¡Largo de aquí los dos! –exclama la señora Mörschel–. Y nada de cerrar la puerta, iré a echar un vistazo un par de veces para que no cometáis ninguna tontería.

Ellos se sientan en las sillas blancas junto a la mesita, uno frente al otro.

–Mamá es una sencilla trabajadora –advierte Corderita–. Es muy ordinaria, pero no malintencionada.

–Oh, a veces sí –contesta Pinneberg con una sonrisa sardónica–. Tú madre está al cabo de la calle, ya me entiendes, de lo que hoy nos ha comunicado el doctor.

–Pues claro. Mamá siempre lo sabe todo. Creo que le has caído bien.

–Venga ya, pues no daba esa impresión.

–Mamá es así. Siempre regañando... Yo ya ni la escucho.

Durante un momento reina el silencio, ambos permanecen sentados uno frente al otro muy modositos, las manos sobre la mesita.

–También hemos de comprar los anillos –dice Pinneberg, meditabundo.

–Ay, Dios mío, claro –contesta Corderita deprisa–. Dime, rápido, ¿cómo te gustan más, brillantes o mates?

–Mates –contesta.

–¡A mí también, a mí también! –exclama ella–. Creo que tenemos los mismos gustos en todo. Estupendo. ¿Cuánto costarán?

–No lo sé. ¿Treinta marcos?

–¿Tanto?

–¿Los compraremos de oro?

–Pues claro que los compraremos de oro. Déjame ver, tomemos medidas.

Se acerca a ella. Cogen un trozo de hilo de un carrete. Es difícil. O el hilo aprieta o está demasiado flojo.

–Mirar las manos incita a pelearse –advierte Corderita.

–Pero no las miro –responde–. Yo las beso. Beso tus manos, Corderita.

Llaman a la puerta con los nudillos.

–¡Venid! ¡Ha llegado papá!

–Enseguida –responde Corderita, liberándose de su brazo–. Deprisa, vamos a prepararnos un poco. Papá bromea continuamente.

–¿Cómo es tu padre?

–Dios, pronto lo comprobarás. Además da igual. Vas a casarte conmigo, conmigo, conmigo, sin padre ni madre.

–Y con el crío.

–Y con el crío, por supuesto. Tendrá unos padres simpáticos e insensatos. Incapaces de permanecer sentados como es debido ni un cuarto de hora...

Un hombre alto con pantalones grises, chaleco gris y una camisa blanca de punto, sin chaqueta, sin cuello, se sienta a la mesa de la cocina. Va calzado con zapatillas. Tiene el rostro amarillo y arrugado, ojillos perspicaces detrás de unos quevedos colgantes, bigote gris y perilla casi blanca.

El hombre lee el *Volksstimme*, pero cuando entran Pinneberg y Emma deja el periódico y escudriña al joven.

–¿Así que es usted el joven que desea casarse con mi hija? Encantado, siéntese. Dicho sea de paso, usted todavía se lo estará pensando.

–¿Qué? –pregunta Pinneberg.

Corderita, tras ceñirse un delantal, ayuda a su madre. La señora Mörschel dice irritada:

–¿Dónde se habrá metido ese granuja? Se enfriarán las tortillas.

–Horas extras –contesta lacónico el señor Mörschel. Y guiñando un ojo a Pinneberg–: Usted también hará horas extras, ¿verdad?

–Sí –responde Pinneberg–. Con mucha frecuencia.

–Pero ¿gratis?

–Por desgracia. El jefe dice...

Al señor Mörschel le importa un comino lo que dice el jefe.

–Ve usted, por eso preferiría un obrero para mi hija; cuando mi Karl hace horas extra, se las pagan.

–El señor Kleinholz dice... –insiste Pinneberg.

–Hace mucho que sabemos lo que dicen los empresarios, joven –declara el señor Mörschel–. No nos interesan sus palabras, sino sus hechos. Porque vosotros también tendréis un convenio colectivo, ¿no?

–Eso creo –contesta Pinneberg.

–Crear es una cuestión religiosa, un obrero no tiene nada que ver con eso. Seguro que lo tenéis. Y dirá que las horas extra hay que pagarlas. ¿Por qué voy a tener un yerno al que no se las pagan?

Pinneberg se encoge de hombros.

–Porque los empleados no estáis organizados –explica el señor Mörschel–. Porque estáis desunidos, porque entre vosotros la solidaridad brilla por su ausencia. Por eso hacen con vosotros lo que se les antoja.

–Yo estoy organizado –replica Pinneberg enfurruñado–. Estoy en un sindicato.

–¡Emma! ¡Mamá! ¡Nuestro hombrecito está en un sindicato! ¡Quién lo habría dicho! ¡Tan atildado y afiliado! –El largo Mörschel, con la cabeza completamente ladeada, observa a su futuro yerno con los ojos entornados–. ¿Y cómo se llama su sindicato, muchacho? ¡Vamos, suéltelo ya!

–Sindicato de Empleados Alemanes –contesta Pinneberg cada vez más enfadado.

El largo se encorva por completo, tanta impresión le causa.

–¡El SEA! ¡Mamá, Emma, sujetadme, nuestro joven es un memo, mira que llamar sindicato a eso! Una asociación amarilla entre dos aguas. ¡Santo cielo, chicos, menudo chiste...!

–Oiga –replica Pinneberg, furioso–. ¡No somos una organización amarilla! A nosotros no nos financian los empresarios. Nosotros pagamos una cuota federal.

–¡Para los mandamases! ¡Para los mandamases amarillos! Vaya, Emma, has escogido a la persona adecuada. ¡Un hombre del SEA! ¡Un perro posibilista!

Pinneberg mira a Corderita en demanda de ayuda, pero ella no le devuelve la mirada. A lo mejor está acostumbrada, pero para él es malo.

–Empleado, lo que me faltaba por oír –dice Mörschel–. Vosotros os creéis mejores que nosotros, los obreros.

–No lo creo.

–Sí que lo cree. ¿Y por qué lo cree? Porque a su patrón no le aplazan una semana el cobro del jornal, sino el mes entero. Porque hacen horas extras no remuneradas, porque cobran menos de lo que estipula el convenio, porque jamás hacen huelga, porque son los sempiternos esquirolas...

–No siempre se trata únicamente de dinero –se defiende Pinneberg–. Nosotros también pensamos distinto a la mayoría de los trabajadores, tenemos otras necesidades...

–Pensar distinto –dice Mörschel–, pensar distinto; ustedes piensan igual que un obrero...

–No lo creo –replica Pinneberg–. Yo, por ejemplo...

–Usted, por ejemplo... –le corta Mörschel, entrecerrando los ojos con muy mala idea mientras sonríe–. Usted, por ejemplo ya ha cobrado un anticipo, ¿no?

–¿Por qué lo dice? –pregunta Pinneberg, desconcertado–. ¿Anticipo...?

–Anticipo, sí –insiste el otro ensanchando la sonrisa–. Anticipo, ahí, con Emma. No es muy fino, señor mío. Es una costumbre de lo más proletaria...

–Yo... –comienza a decir Pinneberg, colorado como un tomate y ansioso por aporrear las puertas y gritar: «¡Anda y que os den...!».

Pero la señora Mörschel interviene con dureza:

–Ya vale con tus bromas, papá. Eso está aclarado. A ti ni te va ni te viene.

–Ahí viene Karl –exclama Corderita, porque fuera acaba de abrirse una puerta.

–Entonces, venga esa cena, mujer –dice Mörschel–. Y sí que tengo razón, yerno, pregunte a su pastor, eso es una grosería...

Entra un hombre joven, pero joven es tan sólo una descripción cronológica; su aspecto, en lugar de juvenil, es más amarillento y malhumorado que el del viejo.